

DIÁLOGO³

Es una palabra que se nos ha impuesto.

Es difícil no tomarla en serio, ya que ha recibido ciudadanía en una Enciclopedia pontificia y en el texto de un Concilio, Desgraciadamente es posible abusar de ella, como de todo lo bueno, o por lo menos usarla sin tomarse el trabajo de discernir su contenido y descubrir las implicaciones y las exigencias.

Esta palabra de diálogo puedo servir y sirve hoy de argumento para reivindicaciones más o menos equívocas. Por lo tanto puede ser criticada, y perder algo de su riqueza, con detrimento de los valores que contiene.

Pero esta intervención de la palabra y de la idea de diálogo corresponde en realidad a necesidades profundas, no solamente legítimas y sino también graves. Escrutando sus raíces, se aprecia mejor el sentido y se previene contra los abusos, y contra las críticas. He aquí acerca de este tema algunas reflexiones posibles.

En primer término la palabra diálogo tiene una familia. No es el único de su especie en nuestro vocabulario. Se ha visto surgir en estos tiempos una muchedumbre de otras palabras y hechas necesarias como él, y que están evidentemente emparentadas ya que manifiestan el mismo esfuerzo para encontrar una salida a ciertos problemas o malestares.

Tales son las palabras: intercambio, comunicación, y también equipo. Estas palabras se encuentran por doquier y llevan como una carga afectiva.

Por otra parte otras palabras les hacen frente y que son correlativas: las de soledad, aislamiento., Las primeras responden sin duda a las segundas, significan la solución esperada al mal cuya desgarradora, experiencia expresan las segundas.

El hombre experimenta, por toda clase de razones, un sentimiento insoportable de aislamiento, de soledad, y busca en el diálogo y el intercambio un remedio a su mal. El instinto que hace buscar en esta dirección no es falso, pero hay que analizar este instinto para dominarlo y no dejarnos perder.

Buscar la causa de esta impresión de aislamiento sería un trabajo complejo; se puede al menos, útilmente, considerar su naturaleza y poner de relieve algunos rasgos de gran importancia.

Esta impresión de aislamiento proviene -al menos-, de una impaciencia de sí mismo. No se puede vivir más frente a frente consigo mismo. No se encuentra ya el camino y se ha perdido el gusto de una intimidad personal. Unos se aburren infinitamente. Otros se exasperan. En sí mismo, es el vacío...

Entonces la búsqueda del otro toma la fuerza de una huida de sí. Se busca junto a otro, cerca de los demás, esa experiencia sin la cual no se puede vivir y que se es incapaz de hacer por sí solo.

Es evidente que el diálogo perseguido de esta manera será algo distinto de un intercambio. Será para aquél a quien nos acercamos, un engaño, pues no se le aporta nada. Para el que busca el

³ Tomado de: *Collectanea Cisterciensia* 28 (1966), pp. 261-263. Traducción de Miguel Casamayor, osb. Monasterio Santa María, Los Toldos. Pcia. de Buenos Aires. Argentina.

diálogo será una ilusión y bien pronto una decepción. El diálogo no debe ser buscado en esta dirección.

Sería un gran paso hacia la verdad el reconocer, al contrario, que: el hombre que no tiene intimidad personal no puede de ninguna manera entrar en diálogo. Sólo puede comunicar quien tiene una existencia personal, es decir en pocas palabras: vida propia. De este modo, contrariamente a una vida fácil y corriente, la capacidad de diálogo es directamente proporcional a la capacidad de vida interior; la capacidad de comulgar, a una capacidad de contemplación.

Cuántas búsquedas de diálogo son vanas hoy, cuántos equipos son pura ficción, pues los mismos que se buscan no se preocupan primero por existir. Se busca afuera lo que primero debería descubrirse adentro, pues es la condición anterior e indispensable para una comunicación verdaderamente fraternal. Se intercambian intimidades o no se intercambia nada.

Estas acotaciones, que parecen banales, son sin embargo, capaces de evitar errores y prevenir fracasos que de otro modo serían inevitables. El llamado al diálogo puede implicar un rechazo del esfuerzo interior de presencia a sí mismo y de diálogo consigo y con Dios. Entonces este llamado está radicalmente desnaturalizado, y se pierden los mejores instrumentos. ¿Qué es el diálogo con los superiores cuando no se tiene el coraje ni la costumbre de interrogarse a sí mismo y de conocer ante Dios, con esa claridad que otorga solamente poco a poco la oración paciente y confiada, las verdaderas motivaciones de su conducta, y confesarse bajo esa misma luz lo que hay de equívoco o de turbio en nuestros movimientos de alma? La búsqueda del diálogo es entonces la ruina de la obediencia y de la autoridad, en tanto que podría, en la hipótesis contraria, despertarlas y dilatar las promesas.

¿Qué es una revisión de vida -efectivamente indispensable en los contextos tan nuevos de nuestra acción- qué es una revisión de vida cuando los mismos que pretenden practicarla entre ellos ignoran lo que ella significa en la intimidad fundamental de una conciencia a solas con su Padre, en el secreto, con todas las puertas cerradas? La revisión se transforma en un mal sustituto de lo que no se practica en uno mismo, o bien fracasa lastimosamente.

(SÓLO UN ALMA DE ORACIÓN PUEDE SER VERDADERAMENTE UN ALMA DE DIÁLOGO)

De este modo, más allá de las ilusiones, volvemos a las simples verdades ante las cuales estamos perpetuamente tentados de huir. Se oree reemplazar a la oración y al recogimiento, con el diálogo y la conversación. Pero esto será siempre lo opuesto de aquellos. Los niveles suben juntos. Si uno baja, el otro baja inevitablemente.

¿Es superfluo decirlo?

Ciertamente hoy Dios quiere este diálogo entre nosotros. Todo nos urge a buscarlo.

Pero si esto se hace con perjuicio de la contemplación, si esto va juntamente con una incapacidad progresiva de silencio, de adoración, de recogimiento prolongado, no vacilemos un instante en reconocerlo abiertamente: nos equivocamos. Pero este peligro, este error están presentes, están en medio de nosotros, en nosotros, se adornan con pretextos y razones, buscan perdernos.

Retomemos el Evangelio: El diálogo tiene allí su fuente: es otro nombre de la caridad y de esa comunión que Cristo quiere que haya en nosotros, Pero la oración también tiene allí su origen ¿Es necesario recordarlo?

Se perderá en ambos tableros si se quiere jugar en uno solo.